

Discurso pronunciado por el presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales doctor Luis Eduardo Mora-Osejo con ocasión del homenaje póstumo que la Universidad de La Salle rindiera al Hno. Daniel González Patiño (1909-1988), el 3 de noviembre de 1988.

Hno. Antonio Bedoya Cardona, Provincial y Presidente del Consejo Directivo,
Dr. Pedro Martín Leyes, Ministro de Comunicaciones,
Hno. Juan Vargas Muñoz, Rector de la Universidad de La Salle,
Señoras y Señores:

Cuán honroso resulta para mí, por gentilísima invitación del Sr. Rector de la Universidad de La Salle, a quien agradezco inmensamente, y como Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias, llevar la palabra con ocasión de este Acto y Homenaje póstumo, que la Universidad de La Salle rinde a uno de sus más eximios Maestros, el Hno. Daniel González Patiño, Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Cómo afluimos en nuestras reuniones Ordinarias su presencia y su recia personalidad. Cuánta falta nos hacen sus vastos conocimientos, sus enjundiosas opiniones y conceptos. Cómo quisiéramos continuar contando con sus luces en la Comisión Académica, sobre asuntos atinentes a la conservación de la naturaleza colombiana, de la cual era Miembro por derecho propio, y cuyas funciones no solamente las cumplía bajo la impronta de ese inmenso amor y admiración por la naturaleza colombiana, que en él se confundía con la idea y el sentimiento de Patria.

En sus estudios, en sus libros, en sus opúsculos y conferencias quizá más que en ninguna otra parte, vemos realizarse esta admirable simbiosis.

Los mismos valores, sentimientos y actitudes que brillan a la par, en el desempeño de sus tareas

docentes y que hacían de él el Maestro por excelencia. Al punto que entre las multifacéticas actividades intelectuales que cultivó en su fructífera existencia, fue quizá la pedagógica en interrelación profunda con la científica la de sus más caros afectos.

Así se refleja en sus libros de texto, en sus conferencias y en el propio testimonio de quienes tuvieron la fortuna de ser sus discípulos. Cuando ocupaba la cátedra, ya sea en la Universidad o en la Academia Colombiana de Ciencias, fácilmente podía percibirse, junto a la profundidad y claridad de los conceptos, la clara intención didáctica de sus exposiciones. Le preocupaba sobremanera que sus oyentes realmente asimilaran y enriquecieran su experiencia con los conceptos expuestos, pues nada era más ajeno a él que el egoísmo. Nunca fue el repetidor memorista de textos, ni el enciclopedista que se pierde y diluye en el laberinto de datos y descripciones inconexas. Jamás entendió la "Cátedra Magistral" como la oportunidad para lucir su erudición y deslumbrar a sus alumnos, sino la oportunidad en la cual el Maestro se reúne con sus discípulos para orientarlos con sus luces; para motivarlos a que ellos mismos, por su propio esfuerzo, penetren con gran curiosidad y perspicacia en los recintos y recónditos vericuetos de cada disciplina, integrando siempre la práctica con la teoría, lo concreto con lo teórico y vice-versa.

Siempre estuvo convencido que en la ciencia no existen verdades absolutas y que ésta no es otra cosa que el intento del hombre de captar con su mente las leyes que rigen los procesos de la naturaleza y la consecuente sistematización y categorización de sus resultados, en contextos coherentes,

sujetos a permanentes revisiones y afinamientos. Por lo mismo para él, la tarea esencial del Maestro consistía en que los alumnos logren la comprensión de los conceptos básicos que sustentan las teorías, mientras la del científico creativo es la confrontación crítica permanente de tales conceptos y teorías con la realidad.

Es quizás en la obra "Nociones de Geología y prehistoria de Colombia", fruto de la labor paciente y tesonera del Hno. Daniel, donde mejor pueden apreciarse estos atributos de su personalidad.

En cada capítulo de esta Obra, escrita en 1948, a manera de preámbulo, expone las teorías que estima más significativas, en relación con los temas tratados, discute sus alcances, muestra los puntos débiles de las Teorías, recapitula la contribución individual de cada uno de los científicos que se han ocupado del estudio de tales temas, confronta los asertos con la realidad escueta del entorno, en muchos casos el propio territorio de Colombia objeto de sus pesquisas científicas.

He aquí un ejemplo:

Al hablar de las capas que componen el globo terrestre, dice: "Ante todo, preguntamos: ¿las capas profundas son sólidas o fluidas?"

"En la mayor parte de los libros de Geografía se afirma que en el centro de la tierra arden materiales en fusión debido al calor interior, ¿qué hay de cierto en esto?"

"Antes de cualquier respuesta notemos que hasta el presente no existe ningún dato experimental directo que nos ilustre sobre este tema apasionante; por consiguiente, todas las afirmaciones eran deducciones sacadas de los fenómenos conocidos por la Física, por los datos de la Química o aún por analogías cosmogónicas".

"El hombre no ha podido en este punto contar con ninguna observación experimental que lo ilustre";

En mi opinión: En estas claras y tajantes frases vemos condensada la esencia del método científico: En primer lugar, plantea un problema científico, sustentada por observaciones y hechos incontestables; luego aparece la hipótesis que pretende explicar el problema de la realidad, el análisis de su validez y alcance; en este caso, ante la ausencia, en ese entonces (1948) de nuevos hechos observables por el hombre, inducidos mediante experimentos que a la vez resultan de las predicciones, deducibles de la hipótesis.

El Hno. Daniel, conocedor como el que más de la importancia de esta dialéctica del Método Científico y, sobre todo, del esfuerzo intelectual creativo, que implica la formulación de hipótesis plausibles, cifra en los resultados de tal esfuerzo el mayor mérito de los autores que se hayan ocupado del estudio de un problema científico dado. Por la misma razón, en el contexto de sus Obras, destaca el proceso histórico de solución paulatina del problema así como los aportes individuales de los diferen-

tes autores, ya se trate de nuevas hipótesis o nuevas evidencias que conformen o falseen una hipótesis o una teoría consolidada.

Así, al referirse a la hulla, intitula el párrafo correspondiente con una pregunta, o enunciado de un problema científico:

"¿Cuáles son los orígenes de la Hulla?" y continúa luego: "Desde hace cerca de un siglo los investigadores se han dado a la tarea de responder con la mayor escrupulosidad científica a la pregunta formulada.

De los exámenes microscópicos se desprende que la hulla no se ha formado de grandes elementos (troncos, ramas, etc.) como antes se creía, sino por la agregación de minúsculos residuos vegetales y de fragmentos de tejidos particularmente resistentes a los agentes materiales de destrucción. En la platina se pone de manifiesto lo que se ha dado en llamar cuerpos figurados formados por tejidos lignificados, cuerpos resinosos, cutículas y esporas y sustancia fundamental o pasta aglutinante amorfa que proviene de la alteración de los cuerpos figurados y no presenta residuo alguno de estructura vegetal".

De esta manera he querido ante todo destacar las dos facetas que me han parecido más relevantes de la personalidad del Hno. Daniel: el Científico y el Maestro. Facetas que en él se conjugaban de manera armónica y brillante, para bien de la ciencia, de quienes fueron directamente sus discípulos y, en general, de la juventud estudiosa de Colombia.

No podría concluir este ensayo de semblanza sobre la personalidad del Hno. Daniel, sin antes referirme a otras de sus realizaciones, no menos significativas en pro de la Ciencia en nuestro país, las mismas, cuya trascendencia real, solamente podremos apreciar, si tomamos como marco de referencia la necesidad de superar la situación de marginalidad de la Ciencia en nuestro medio y consolidarla como instrumento esencial para el avance de la sociedad en todos los órdenes y por ende para la preservación de nuestra independencia económica, social, política y cultural.

Como versado naturalista el Hno. Daniel conocía, como el que más, las condiciones de nuestro entorno natural, consideradas, no solamente como las más diversas, sino también entre las más complejas del planeta. Razón suficiente para que la ciencia de nuestro país, vale decir, la ciencia local, a la par que formación de nuevas promociones de científicos, merezca el impulso decidido de la sociedad y del Estado. Solamente así, estaremos en la posibilidad de ampliar el conocimiento, de las leyes o regularidades que rigen los procesos y fenómenos naturales, ya sea en el ámbito global de nuestro territorio o de nuestras veredas y comarcas.

Solamente, así, podremos también ser protagonistas de nuestro propio desarrollo económico, social y cultural; sobre todo si somos también capaces de que nuestro interactuar cultural con la naturaleza no destruya los delicados y susceptibles procesos y mecanismos que sustentan la condición

de equilibrio de nuestros ecòsistemas y la potencia-
lidad de nuestros recursos; de tal modo, que las
futuras generaciones puedan también tener la posi-
bilidad de disfrutarlos.

Así lo comprendió el Hno. Daniel, desde su
temprana juventud, mucho antes que surgiera la
cuestión del ambiente como problema universal,
por lo mismo cultivó la ciencia, impulsó el pen-
samiento científico en sus cátedras y el Boletín cien-
tífico de la Universidad de La Salle y se comprometi-
ó en la tarea de completar la reconstrucción del
Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de
La Salle, iniciada por sus antecesores, no menos
ilustres, el Hno. Apolinar María y el Hno. Nicéforo
que dieron tanto brillo a esta benemérita Casa de
estudios, y a las Ciencias Naturales a todo lo largo
del presente siglo y cuya influencia y significado
perdurará mientras en Colombia continúe viva la
llama que encendiera un Francisco José de Caldas,
un Jorge Tadeo Lozano, un Salvador Rizo, un

Francisco Javier Matis, entre otros ilustres discípu-
los de Don José Celestino Mutis, Director insigne
de la Expedición Botánica al Nuevo Reino de Gra-
nada, catedrático insigne del Colegio Mayor del
Rosario, en las postrimerías del Siglo XVIII y de la
época de la Colonia.

Sr. Ministro de Comunicaciones, Sr. Rector,
Señoras y Señores:

Es justo entonces que la Universidad de La Salle,
sus Directivas, sus Profesores y alumnos, las ilustres
personalidades y el público que nos acompaña, rin-
damos homenaje de admiración y de reconocimiento
a uno de los más brillantes continuadores de los
Prohombres de la Expedición Botánica, en los días
que nos alcanzan, el Hno. Daniel González Patiño,
maestro de juventudes, atildado científico, Miembro
de Número de la Academia Colombiana de Ciencias
Exactas, Físicas y Naturales.

Bogotá, noviembre 3 de 1988.